



Los cambios de nombres en la ciudad no son gratuitos

Hacia una nueva identidad nacional

Emily Avendaño*

El poder del Estado, personalizado en la figura del presidente Chávez, ha sumergido a Venezuela en una lógica del espectáculo que, a más de una década de gestión, continúa proponiendo un proceso de cambio para consolidar la revolución, inspirado en la doctrina bolivariana y escudado en la promoción del ideal nacionalista, todo para que el venezolano asuma una nueva identidad nacional

Para la mirada inexperta, caminar por las calles de Caracas puede constituir un reto. Referentes como el Parque del Este Rómulo Betancourt y el Parque del Oeste Jovito Villalba ahora exhiben en sus placas de identificación nuevas denominaciones: Parque Generalísimo Francisco de Miranda y Parque del Oeste Alí Primera, respectivamente. Y estos no son los únicos ejemplos. El teleférico de Caracas, de Ávila Mágica pasó a llamarse Sistema Teleférico *Warairarepano*, al Paseo El Calvario se le agregó el nombre de Ezequiel Zamora y uno de los íconos más representativo de la ciudad de Caracas, si no el más, dejó de ser el Parque Nacional El Ávila, para convertirse en el Parque Nacional Waraira Repano.

Todos estos cambios de denominación de los espacios públicos caraqueños han sido impulsados por disposición del Ejecutivo nacional y han quedado asentados en la Gaceta Oficial. Ahora bien, ¿qué mueve al Gobierno central para impulsar tales transformaciones?

La consolidación de una nueva identidad nacional venezolana podría ser una respuesta acertada a esta interrogante. Vivimos en una *Venezuela bolivariana* en donde los poderes públicos ahora son *populares* y los nombres de las avenidas, parques e instituciones del Estado son reescritos en un intento por influenciar la forma en la que el venezolano acepta su propia historia; con ello cambia la percepción de su pasado y se abren nuevas posibilidades sobre lo que nos depara el futuro.

Frente al olvido social se rescata la historia particular para reconstruirla en función de un futuro deseado y deseable, sobre todo si se validan las investigaciones de científicos sociales como Maritza Montero (1984, 1987, 1991) y José Miguel Salazar (1960, 1970, 1988, 2001) que sugieren que el venezolano tiene (o tenía) una imagen negativa de sí mismo, producto de su pasado colonial, un cruento proceso independentista y un largo período para consolidar el sistema republicano.

De acuerdo con autores como Sanoja y Vargas-Arenas (2008), el colonialismo le dejó a los pueblos latinoamericanos una imagen propia de vencidos y sin historia, haciéndolos potencialmente incapaces de crear una nueva cultura y una nueva civilización, todo ello con el fin de justificar la conquista y explotación de ciertos territorios, lo que condujo a la formación de una imagen nacional falseada, referida a “la intensificación de las características negativas de la población sometida, en tanto que las cualidades positivas son minimizadas” (Montero, 1984:54).

Dávila (2007:221) se hace eco de esta definición al plantear que inclusive la adquisición del conocimiento para el hombre americano constituye un drama, puesto que su “armadura inte-

lectual no le pertenece... todos los medios para hacer sus indagaciones se ven referidas a un modelo foráneo”.

Escapar de esta construcción ha venido a ser el reto de la sociedad venezolana, pues bajo ella se asientan las formas de dominación política y económica que sellaron la historia republicana de Venezuela. El estigma de la colonización es la justificación histórica que asumen quienes se plantean la consecución del cambio de identidad nacional, entendida ésta como:

(...) el conjunto de significaciones y representaciones *relativamente* permanentes a través del tiempo que permiten a los miembros de un grupo social que comparten una historia y un territorio común, así como otros elementos socioculturales, tales como un lenguaje, una religión, costumbres e instituciones sociales, reconocerse como relacionados los unos con los otros biográficamente (Montero, 1984:76, 77).

REVOLUCIÓN BOLIVARIANA

El presidente Hugo Chávez ha dejado claro con su discurso que busca romper con el pasado venezolano reciente –simbolizado en la figura de la Cuarta República–, alcanzar la justicia social y con ello retomar la vía del progreso; todo eso en aras de garantizar el éxito de la revolución bolivariana y la consolidación del sistema socialista.

El culto a la figura de Bolívar, la insistencia en refundar la República, así como el rescate de los valores y tradiciones indígenas y del pensamiento político de izquierda pueden considerarse como las líneas de acción orientadas al logro de este objetivo, y esto sólo será posible mediante la consecución del *hombre nuevo* que garantiza la *patria nueva*.

Se desea formar un nuevo venezolano, que sea capaz de autogestionarse y con ello se deslastre de ese pasado que, según la investigación de Montero (1984), le hacía atribuirse características de flojo y holgazán. Para ello son puestos a su alcance mecanismos que le permitan desarrollar ciertas potencialidades y el principio de la participación ciudadana, pero siempre bajo el cuidado y con el apoyo de la figura estatal.

Para ello, el Gobierno ha desarrollado un marco jurídico que abarca desde la Constitución nacional hasta las leyes del poder comunal y los planes de desarrollo nacional, incluyendo el Proyecto Nacional Simón Bolívar, también llamado *el primer plan socialista de la nación*, cada uno de ellos basado en la particular interpretación presidencial de la doctrina bolivariana. El pensamiento de Bolívar es capaz de arrojarse todo, desde el preámbulo de la Constitución hasta la exposición de motivos del proyecto de ley de comunas, por ejemplo.





Venezuela atraviesa un proceso de resemantización de su identidad nacional, en el que la dotación de nuevos significados no ha cesado desde que se reconoció a Venezuela como una República bolivariana. Se está dotando de un nuevo lenguaje el canto de los logros de los venezolanos. Surge una nueva conciencia histórica que se vale de los cambios de denominación de los espacios públicos de la ciudad de Caracas.

¿POR QUÉ LOS ESPACIOS PÚBLICOS?

“El uso mitológico y emblemático de pasajes de la historia republicana y de episodios de la vida política de izquierda”, según refiere Carlos Delgado-Flores (2006:12), son los contenidos que se repiten en los mensajes emitidos desde el Gobierno como parte de su maniobra comunicacional a lo largo de sus doce años de gestión. Es precisamente dentro de esa estructura de reivindicación de figuras olvidadas por la historia, y de la consolidación del pensamiento bolivariano, que en los últimos años han venido dándose cambios en la designación de lugares e instituciones a lo largo y ancho del territorio nacional.

El uso de nombres de origen indígena y de representantes de la izquierda y los constantes cambios en la nomenclatura de los ministerios, sin pasar por alto el cambio del nombre del país de República de Venezuela a República Bolivariana de Venezuela, suponen la gestación de una nueva idiosincrasia y la creación de nuevos marcos referenciales para todos los venezolanos. Todo esto implica la construcción de una nueva identidad venezolana a través del cambio de nombres de lugares y organismos estatales como parte de la estrategia comunicacional emanada desde el Gobierno.

Según Dávila, “dar un nombre a una comunidad implica un doble juego: inventarla y reconocerla” (2007:218), lo que conlleva un proceso triple que abarca la aparición de un sentimiento

colectivo, el sentimiento de diferenciación del grupo frente al otro y la formación de la conciencia del ser.

El espacio público es un “ámbito de identificación simbólica y de participación cívica” (Borja, 1998: 1), por tanto estas son áreas que permiten la puesta en común de los elementos que dan forma a la identidad colectiva, al tiempo que tienen cualidades comunicativas que permiten transformar la visión de la realidad e involucrar a los ciudadanos.

Aun cuando el ciudadano de a pie pueda no notarlo, el cambio de nombre de uno de estos lugares públicos (estaciones de Metro, plazas, avenidas, etcétera) tiene una carga significativa importante. Cuando se sustituye en la placa de identificación de un parque, por ejemplo, el nombre de un personaje prominente por el de otro, de algún modo se invisibiliza al primero y sus acciones y su papel en la historia se minimiza, se le resta importancia con respecto al que ahora estaría identificando el espacio público, quien contrariamente, es reforzado y convertido en alguien imitable y digno de admiración.

Las nuevas denominaciones de los espacios públicos responden a referentes comunes que son históricos, facilitando su identificación y resaltando el orgullo nacional. De este modo, los lugares asumen nuevas voces, según la interpretación intencional que se haga de ellos, interpretaciones que son emanadas desde las plataformas del poder y de acuerdo a su discurso habrá múltiples perspectivas de nuestro propio tiempo histórico. Aquí priva el adagio que reza que la historia la escriben los ganadores.

Los nombres utilizados representan el carácter de una época. Al renombrar los espacios públicos apreciamos las transformaciones sociales. Cambia la realidad en función de la historia y se involucra a los ciudadanos en ese proceso.

Se bautizan y se rebautizan los espacios públicos de Caracas. Aquellos que sirven de punto de encuentro y donde confluye el colectivo, a fin de hacer visibles a los héroes que protagonizaron nuestra historia durante el siglo XIX, dejando de lado a los protagonistas del siglo XX, quienes a través del discurso oficial son reconocidos como los gestores de los males de la Venezuela contemporánea. Estamos renunciando a quienes nos trajeron democráticamente hasta el siglo XXI, se desmeritan sus acciones por ser actos representativos de la Cuarta República y se busca, en cambio, poner el énfasis en lo autóctono, en los héroes del siglo XIX y en su gesta emancipadora.

En consecuencia, las nuevas denominaciones de los espacios públicos se articulan en medio de un discurso nacionalista, que persigue mejorar la imagen que el venezolano tiene de sí mismo y encaminar la evolución/transformación de la ciudad.



POLITIZACIÓN DEL ESPACIO PÚBLICO

La palabra es la herramienta para la construcción de la nueva identidad nacional. En un Estado nacionalista aflora en el imaginario colectivo la visión identitaria heredada de una tradición común, de este modo la identidad nacional define la personalidad de un colectivo agrupado bajo la figura de una nación.

En el caso venezolano, el discurso se construye en función de lo que el grupo social desearía ser y no en función de lo que efectivamente es; por tanto, con sus palabras, el Presidente reinterpreta el pasado, reconstruye el presente y mira hacia la reconfiguración del futuro. Para ello no rechaza la memoria colectiva, en su lugar apela a ella y la reconstruye alrededor de un proyecto social.

Existe un líder cuyas ideas y decisiones dirigen el destino de todos los venezolanos, que tiene una personalidad carismática que lo convierte en el *único* capaz del rescate de la Venezuela de hoy.

La construcción de una nueva identidad nacional es un ejercicio político, que obliga a buscar el consenso para garantizar la estabilidad y supervivencia del sistema que se quiere imponer. Se *fabrican* acontecimientos con el fin único de mantener el pacto social en torno a la figura del líder y para alcanzar el acuerdo de que los cambios que vienen deben ser impostergables e incluso urgentes.

Experimentamos un proceso de “reciclaje de estereotipos para la construcción de representaciones sociales” (Delgado-Flores, 2006:12) y estos estereotipos son reforzados con las nuevas denominaciones que ahora distinguen a los espacios públicos de la capital.

Lo aborigen, lo independentista y lo izquierdista, cada uno con sus propios protagonistas y antagonistas, son los hitos asumidos desde el poder para fomentar la participación, haciendo uso de un discurso apelativo y emotivo.

En definitiva, los espacios públicos no pueden apartarse de su rol político, al ser espacios para

la participación ciudadana en donde el consenso y el conflicto están siempre presentes en la búsqueda de dar voz no sólo a los espacios como tales, sino al momento de definir la identidad de quienes hacen vida en esos lugares. El intercambio y la interactividad que aquí se genera es crucial para definir las características propias de una nación y, por qué no, para trazar su camino futuro.

* Licenciada en Comunicación Social.

REFERENCIAS

- BORJA, J. (1998): *Ciudadanía y espacio público*. VVAA, *Ciutat real, ciutat ideal. Significat i funció a l'espai urbà modern*, (pp. 1-10). Barcelona: Centro de Cultura Contemporànea de Barcelona.
- DÁVILA, L. (2007): “Nuestra América. Fundación y apropiación cultural de la nación americana”. En: *Arbor. Ciencia, pensamiento y cultura*. 217-224.
- DELGADO-FLORES, C. (2006): “De la dominación mediática al control estatal”. En: revista *Comunicación*, (134), 11-14.
- MONTERO, M. (1984): *Ideología, alienación e identidad nacional. Una aproximación psicosocial al ser venezolano*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca Central.
- SANOJA, M. y VARGAS, I. (2008): *La revolución bolivariana. Historia, cultura y socialismo*. Caracas: Monte Ávila Editores.